

EL CONTEMPORANEO.

DIARIO DE LA TARDE.

—DIRECTOR Y REDACTOR EN JEFE, MANUEL MURO.—

CONDICIONES.

Se publica diariamente á las 6 p. m. excepto los domingos y los demás días festivos nacionales y religiosos.

En la capital del Estado por un mes \$ 0.50.

En los demás puntos de la República.....\$ 0.60
En el extranjero, plata mexicana.....0.75.
Números sueltos del día ó atrasados.....0.03.

Los remitidos de interés público se insertarán gratis; los de interés privado á precios convencionales, siendo el pago precisamente adelantado.

ANUNCIOS

—PARA ESTE PERIODICO.—

Únicos agentes de este periódico para anuncios Inglaterra, Bélgica y Suiza,

SRES. MAYENCE FAVRE Y CIA. SUGS.

París.—Rue de la Grange Bateliere 18,
Londres.—Coleman Street.

CALENDARIO.

HOY 26.—San Dimas el Buen Ladrón Confesor y San Cástulo Mártir.

MAÑANA 27.—(Viernes de Lazaro) Festividad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, San Juan Damasceno Confesor y Doctor de la Iglesia.

Jefe de 1ª Instancia en el ramo criminal, de semana, C. Lic. Julio Betancourt.

Jefe menor de turno, hoy, C. Lic. Aurelio Manrique.

Mañana, C. Lic. Federico Sánchez.

Redacción y Administración, 3ª de Iturbide letra A.

La correspondencia y todos los asuntos que se relacionen con esta publicación se dirigirán al Director.

Apartado Postal 7.

Teléfono Reyes núm. 273.

Registrado en la Administración Local de Correos como art. de 2ª clase.

—EL—

CONTEMPORANEO. DIARIO DE LA TARDE.

Es el mejor periódico para anunciarse por su circulación en todos los Estados de la República.

TIRO

2,000 EJEMPLARES.

Influencia del romanticismo

A MANUEL MURO.

I

Usted cree en el romanticismo? lo concibe usted? ¿Existe?

Lo habrán matado Balzac, Stendhal, Flaubert, Goncourt, Zola, Mirbeau, Emilia Pardo?

Hay arte en el sentir? ó es cosa inconsciente, que se impone con la brutalidad natural de toda fuerza? El romanticismo no es acaso la parte artística del sentimiento?

La Justicia no es romántica? El derecho, la ley, la virtud, la bondad, la misericordia, no son románticas? El espíritu, la fe, la caridad, la gratitud, la fidelidad, no son románticas? La amistad, el altruismo, el bien, el mal, no son románticos?

Podrá arrancarse el romanticismo á una sonata de Beethoven, á una tragedia de Shakespeare, á una despedida entre amantes, á un toque de clarín, á la oración del ángel; á la risa de los niños, á la puesta del sol, á las recomendaciones de un moribundo, á la confesión de una virgen y á las lágrimas de una madre?..... No tiene todo esto, un barniz de tierna melancolía que conmueve el sistema nervioso y nos hace sufrir y gozar al mismo tiempo?

¿No hay romanticismo en la satisfacción y la vanidad de los inventores cuando ven funcionar su máquina de coser, de escribir, de hablar, de alumbrar, de fotografiar, de fundir, de matar?

Hay romanticismo en la creencia? Es posible vivir sin creer?

Yo creo en el romanticismo, como creer en la luz que nos alumbrá, en la esperanza que nos alienta, en la idea que nos engrandece y en el amor que nos hace vivir, más que el alimento mismo.

El romanticismo, se compone de exageraciones de la mente y ponderaciones del sentimiento; es un ahínco del espíritu, por adornarlo todo, idealizarlo todo y purificarlo todo.

Nos acompaña á todas partes y nos hace sobresalir de la vulgaridad, con un poco de talento que tengamos y otro poco de disposición artística.

El romanticismo, en el sabio, está en su amor propio y en el pedestal que se levanta a sí mismo; en el guerrero, en las condecoraciones que luce y en los episodios que narra; en el sacerdote, en las bendiciones que distribuye, en las caridades que practica y en los sacrificios y penitencias que se impone; en el gobernante, en suponerse superior á los demás y creer que lo merece todo; en el orador, en el poeta, en el simple ciudadano, en el bandido mismo.

La literatura sería una suprema monotonía, sin la parte artística del romanticismo.

En el estudio de un carácter, en la formación de un tipo social, en el diálogo, en la descripción, en la filosofía de un hecho que se narra, en la impre-

sión que se produce, el efecto que se busca, la escena que se inventa, en lo inesperado de un desenlace, hay su dosis de romanticismo. De antemano goza el autor con la alabanza, la tristeza ó la alegría del que lo lee.

El toque maestro de una obra literaria, es el pincelazo final del romanticismo.

El romanticismo, es una cruel mentira..... pero qué no es mentira en la vida del pensamiento?

Escuela romántica, escuela realista, escuela naturalista, escuela psicológica, escuela mística, escuela decadentista..... ¿existe todo esto?

No, no hay escuelas en literatura. La literatura es la belleza escrita en caracteres de imprenta; y el romanticismo ó sentimentalismo, como queráis llamarle, es el arte del decorado de esa misma belleza; por que de otro modo, qué haríamos con estatuas de carne incapaces de cualquier hermosa mentira?.....

Ahora bien, como en todo, para ser romántico se necesita talento. Exagerar la cualidad, es caer en el ridículo, pero ninguna culpa tendrá de ello ese don del espíritu que da elegancia á todo lo que toca.

II

El romanticismo, en las bellas letras, es lo que el renacimiento en las bellas artes. Los monumentos artísticos y literarios, de la antigüedad, parecen obras de la matemática consciente ó inconsciente de sus autores: los edificios imponen, por su sobriedad, sus dimensiones, su corrección en la línea; expresan con sencillez—¡ay! con demasiada sencillez,—la idea que entrañan, desnudan de todo adorno, lo grande y lo eterno. Los libros son esencialmente monótonos; no expresan una palabra más de las necesarias; está medida la frase, recordada, hecha á regla y compás, sacrificando en ellos todo atrevimiento de la idea, para no turbar la armonía de la forma.

Pero Claudio Frollo lo dijo: "esto matará á aquello," y lo ha matado en efecto. La exuberante riqueza de los adornos y los pensamientos, ha venido á prenderse, como flores y haces de luz, en arquitectura, música, pintura, novelas, y todo lo que es la belleza descrita.

Los edificios y libros clásicos tienen que ser adivinados, parecen desnudos, son demasiado serios ó demasiado frívolos. Las construcciones modernas y los libros de ahora, hablan por sí solos, se expresan de mil maneras, y lanzan al espacio infinito, palabras y concepciones ideales que nos transportan á otros mundos, nos llevan á lo desconocido y satisfacen las ansias de nuestra alma, sin la cual el cerebro estaría incompleto.

Ahora bien, ¿desde cuándo data el romanticismo, cuándo nació?

Seguramente nació con el hombre y con él morirá; porque irán y vendrán tiempos, se modificarán las costumbres, se darán mil pasos en el camino de la ciencia y del progreso, pero el ser humano no podrá prescindir, mejor dicho, no se podrá abstraer á esa ingénita curiosidad, que le hace volver la

vista al pasado, para investigar el por qué de las cosas, y adelantarla al porvenir para soñar con el fin de los mundos.

Y si nó, volved el pensamiento á las primeras edades:

El libro sagrado, que nos narra la historia de la Creación y nos lleva por miles de años, contemplando el desarrollo de la historia, hasta tropezar con el heroico grupo de Cristo y sus apóstoles, ¿qué otra cosa es sino una novela romántica? ¿Qué otra cosa son los Vedas, el Korán y el libro de Confucius? Son acaso obras científicas divorciadas de la imaginación? ¿no son mitologías más ó menos audaces, encaminadas á establecer el monoteísmo, aun cuando continúe el símbolo, lo mismo que siempre?

Y junto á estas y todas las historias, en contubernio inevitable, han caminado y seguirán caminando, la leyenda, el cuento, la narración fantástica y todos los productos de la imaginación.

La enciclopedia moderna y las obras de los críticos, nos dicen que Madame Stael y Chateaubriand, fueron los cuentadores de la literatura romántica, pero si hay que darle al romanticismo su verdadero significado, debemos retroceder á las más lejanas épocas de la vida literaria.

Porque al romanticismo hay que juzgarlo como el elemento interventor de la imaginación, de la inspiración, del sentimiento refinado por lo bello, por lo misterioso y casi por lo divino, en todo lo que vemos y describimos y lo que pensamos y ejecutamos.

Jamás se dará por vencido el hombre, en su empeño por salir de lo común, de lo vulgar, de lo demasiado sencillo; será eterna su lucha por adivinar la mano de Dios en todo cuanto alcanza su mirada; á todo le quiere dar forma nueva, ó presentarlo, cuando menos, con ropajes desconocidos que no se distinguen al primer golpe de vista.—El hombre se hace la siguiente reflexión: "Si existe el Universo, con las maravillas que entraña y que son, siempre una sorpresa para nosotros, aun después de siglos de contemplación y de estudio, por qué no había de ser posible y muy posible que una idea de nuestro cerebro, por romántica que se considere, se convierte en cosa real y que ya existe latente, entre lo que no vemos, pero que no puede haber pasado desapercibido para la mano creadora?"

Qué cosas más inverosímiles y románticas que las que día á día se van descubriendo, ya sea por la aplicación de lo que se llama ciencia, ó por una casualidad caída en manos inteligentes? Por qué insistir en las palabras *realidad y ficción*, cuando no somos nosotros los llamados para definir los límites que separan á la una de la otra?

Tomad la vida de un hombre, por práctico y naturalista que sea ó que se titule, y apreciad los diversos actos que ejecute.

Hasta los veinte años, no es posible absolverlo de pecado romántico, porque todos y cada uno de sus pasos por la áspera senda, se habrán señalado por una ilusión pueril. Suponedlo después, establecido, ya en sociedad,